

**MORENO ALMENDRAL, Raúl, *Relatos de vida, conceptos de nación. Reino Unido, Francia, España y Portugal (1780-1840)***

**Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2021, 325 pp.**

**Josep Escrig Rosa**

Universidad Nacional Autónoma de México, México  
[josep.escrig@uv.es](mailto:josep.escrig@uv.es)

Cómo citar esta reseña: ESCRIG ROSA, Josep (2022). Moreno Almendral, Raúl, *Relatos de vida, conceptos de nación. Reino Unido, Francia, España y Portugal (1780-1840)*. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (24), pp. 378-381, <https://doi.org/10.14198/PASADO2022.24.17>

De unos años a esta parte, pocas dudas caben sobre la renovación que se ha operado en la historiografía española a propósito de los estudios relativos a los nacionalismos. Viejas tradiciones interpretativas han sido revisadas o puestas en cuestión. Entre otros, tales son los casos del paradigma modernista, que insistía en el exclusivo carácter contemporáneo de las naciones, o la tesis de la débil nacionalización española, según la cual el proceso de nacionalización en el siglo XIX habría resultado poco eficaz. De manera concomitante, esta segunda teoría se vinculaba a la idea de atraso –o, incluso, de fracaso– de la trayectoria que siguió la España decimonónica en relación con sus vecinos europeos. Una amplia variedad de investigaciones ha reconsiderado esa supuesta singularidad, aún presente en cierta literatura, insistiendo en la necesidad de evitar la aplicación de modelos teleológicamente trazados y que poco responden a la realidad. Igualmente, aunque menos comunes, las propuestas de historia comparada han permitido poner en relación las distintas experiencias y ritmos evolutivos. Así, nuestro conocimiento resulta hoy bastante amplio y rico, aunque todavía

quedan importantes lagunas por cubrir. Desde los supuestos apuntados, quizá no sea aventurado señalar que uno de los periodos más complejos de evaluar –y en ocasiones peor entendido– sea el de la transición de los siglos XVIII al XIX, atravesada por aquello que conocemos como la crisis del Antiguo Régimen.

El trabajo de Raúl Moreno Almendral se inserta en las coordenadas expuestas para ofrecer una aportación novedosa, compleja y sugerente. Novedosa, porque su objetivo consiste en dar cuenta de la manera en que la nación fue vivida, sentida y experimentada por individuos de distintos grupos sociales en el contexto de la Era de las revoluciones, que el autor acota entre 1780 y 1840. La forma en que se emplearon e interiorizaron los lenguajes y el concepto de nación le permiten trascender la dicotomía entre protonacionalismo y nacionalismo moderno. Compleja, porque Moreno Almendral maneja y confronta ciento setenta narrativas de carácter autobiográfico –comprendidas en diarios, memorias y libros de viaje– que abarcan los ámbitos de Reino Unido, Francia, España y Portugal, así como, aunque en menor medida, los territorios americanos de las respectivas monarquías. Como protagonistas u observadores, en un contexto de guerra total y de politización acelerada, todos esos espacios se vieron a su manera convulsionados por los ciclos de revolución y reacción que sacudieron el espacio Atlántico. La comparación y el contraste permiten al historiador salamantino establecer puntos de contacto y disensión, escapando de secuencias evidentes, pero poco operativas. Finalmente, el estudio resulta sugerente por los cinco conceptos de nación que se manejan. De acuerdo con Moreno Almendral, convivieron el genético, entendido como origen o lugar de nacimiento; el etnotípico no politizado, que presuponía la existencia de distintas naciones con sus particulares características; el etnotípico politizado, como comunidad política formada por las corporaciones del reino y el monarca; el liberal, basado en el principio de soberanía nacional; y el romántico, consistente en un espíritu metafísico situado por encima de cualquier voluntad general. De todos ellos, tratándose de un periodo de transición, el tercero resultó el más común entre el corpus documental utilizado por el autor, mientras que la presencia del último es todavía incipiente.

En los cuatro capítulos centrales, *Relatos de vida, conceptos de nación* repara en los estudios de caso de los espacios apuntados, para después abonar en la comparación. En el primero de ellos, se remarca cómo la nación británica, que se fue construyendo a lo largo del Setecientos, se superpuso a la diversidad cultural interna que suponían otras ideas de nación inglesa, escocesa o galesa, pero no terminó por eliminarlas completamente. Por supuesto, ello no estuvo exento de tensiones, cierta ambigüedad y, en el tema irlandés, conflictos. Además, en los relatos británicos destaca la preponderancia del concepto etnotípico de

nación, según el cual el mundo estaba conformado por comunidades nacionales distintas. Ello se vinculaba en ocasiones a un sentido patriótico de responsabilidad en los asuntos públicos. Por su parte, el sentimiento de superioridad moral y civilizatoria que encontramos en las fuentes se contrapuso a otras naciones supuestamente inferiores. En las narrativas británicas la isla era el espacio por excelencia de la libertad, convertida en una suerte de excepcionalidad política frente al radicalismo jacobino o la reacción absolutista.

Aunque con raíces previas, también en Francia estuvo muy presente la idea de preponderancia durante el tiempo de las guerras revolucionarias y napoleónicas. Moreno Almendral recorre los pasos por los que, desde el punto de vista semántico, la nación civilizada pasó a nación soberana en 1789, dotándose de una vocación universalista a partir de 1792/93. Las lógicas de «patria en peligro» a las que se refiere el historiador requerían de acciones transformadoras. A su vez, el Imperio añadiría una idea de grandeza que se trataría de exportar en aras de una pretendida hegemonía civilizatoria, la cual fue aceptada o combatida durante los procesos de expansión y ocupación militar. A pesar de tener poca relevancia en términos numéricos, Moreno Almendral detecta en los testimonios recopilados la existencia de un conflicto interno sobre lo que suponía pertenecer a la nación francesa, con críticas al excesivo protagonismo de la capital. En cualquier caso, la nacionalización de los lenguajes se había generalizado cuando se produjo la restauración monárquica de 1814/15. Para ese momento los antiliberales habían asumido el uso del término nación y una particular idea del mismo, cargado de un sentido positivo.

Como es bien sabido, 1808 resultó el momento del despertar nacional en España. A ambos lados del océano, la guerra y la revolución se confundieron en un proceso que dinamitaría las bases del viejo orden e introduciría cambios en el sentido de los términos. El discurso antidespótico de la libertad, independencia y constitución mantuvo en relativa unidad al bando «patriota» hasta la apertura de las Cortes gaditanas. Tras la proclamación del principio de soberanía nacional las diferencias se harían cada vez más evidentes entre liberales y serviles. La anterior guerra contra la Convención supuso un lapso oportuno para la emergencia del discurso antifrancés que ahora, entre 1808 y 1814, sería renovado con un doble propósito. Por un lado, invertir la idea civilizatoria que manejaban los ocupantes. Por otro, subvertir la imagen negativa de una España anclada en los valores tradicionales y el fanatismo religioso. De hecho, los contrarrevolucionarios reivindicaron ese legado y no dudaron en afirmar que su patria era la que realmente se encontraba amenazada. Estos concedieron una especial importancia a los lenguajes de género para definir una identidad nacional que se caracterizaba por su hombría, en

contraposición a las elites afrancesadas y liberales, las cuales iban a quedar asociadas a un concepto negativo de lo femenino. Aunque estos estereotipos resulten abundantes en la folletería, no parece que los individuos trabajados por Moreno Almendral les concedieran demasiada relevancia. Lo que estuvo claro para todos es que ninguna vuelta atrás era posible a partir de ese tiempo. Mientras que los territorios hispanoamericanos emprendieron un proceso que los llevaría a configurar un discurso de nación contrapuesto al español, según puede verse paradigmáticamente en el *Decreto de guerra a muerte* de Bolívar, los antiliberales de 1814 y 1823 asumieron el reto de regenerar y depurar la nación desde sus presupuestos intelectuales.

La experiencia vivida en Portugal resultó distinta a la española, en parte por la decisión de la familia Braganza de trasladarse a Brasil ante el avance de las tropas napoleónicas. De acuerdo con el autor, fue a partir de la revolución de 1820 cuando se observa claramente el proceso nacionalizador, aunque sin un carácter tan transgresor como en otros espacios. Ello no fue óbice para que también los portugueses reaccionaran a las imputaciones de atraso y barbarie que les achacaban británicos y franceses, refutando semejantes impresiones a partir de evidencias concretas. De esta forma, en contraposición a ciertas lecturas condicionadas por el supuesto de lo que debería ser una auténtica revolución política y nacional, Moreno Almendral concluye que las trayectorias de los casos español y portugués no resultaron tan distintas a las del francés, si bien desde tiempos y cadencias diferentes. Aquí reside una de las principales aportaciones de *Relatos de vida, conceptos de nación*: desmitificar, a partir de ejemplos empíricos, relatos que siguen demasiado presentes, tanto en una parte de la académica como en la sociedad. La tarea incómoda del historiador, especialmente de aquel dedicado al estudio de los fenómenos nacionales, consiste en desmontar genealogías fáciles que alimentan discursos escasamente fieles con el pasado. Sin duda, la aportación de Moreno Almendral constituye un referente para explicar, con la perspectiva necesaria, el tiempo en el que se fraguaron las identidades nacionales contemporáneas.